



HABLADURÍAS DE MUJERES LIN BAI

TRADUCCIÓN
DE BLAS PIÑERO

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones





LIN BAI

(BEILIU, CHINA, 1958)

Nacida Lin Baiwei es una escritora originaria de Beiliu, Guangxi, (1958). En la actualidad es una de las grandes narradoras chinas y goza de un merecido reconocimiento por parte del público y la crítica. Se formó en la universidad de Wuhan y comenzó trabajando para el cine como editora y guionista; más tarde lo hizo como periodista y bibliotecaria. Se dio a conocer a finales de los ochenta como una escritora inusual que abordaba la introspección íntima junto a una exploración audaz de la experiencia femenina, en la China posterior a Mao. Combinando una intensa energía emocional y un vívido sentido del lugar, sus historias surgen de la memoria personal y exploran la amistad entre mujeres con connotaciones homoeróticas, o trabaja sobre temas polémicos como el adulterio, el aborto o la masturbación femenina. Autora de varias novelas de éxito, como *A War of One's Own* (1994), de corte autobiográfico y muy polémica en su día por su tratamiento abierto de la sexualidad femenina, publicó a continuación *Watching the Empty Years Pass By* (1995), *Fatal Flight* (1995) y *Speaking, My Room* (1997). Con *Habladuras de Mujeres* (*The Records of Women's Gossip*) se consagró como una autora de verdadero culto en el panorama literario chino de la actualidad.

HABLADURÍAS
DE MUJERES
UN BAI

TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE BLAS PIÑERO MARTÍNEZ

COLECCIÓN VIAJES LITERARIOS N°6

HABLADURÍAS DE MUJERES

LIN BAI



Título original: *Funü xianliao lu*, Ediciones de la Nueva Estrella,
新星出版社 (*Xin xing chubanshe*), Beijing, 2005
Título de esta edición: *Habladuras de mujeres*

Primera edición en La Línea del Horizonte Ediciones: diciembre de 2019

© de esta edición: La Línea del Horizonte Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Lin Bai, a través de China National Publications
© de la traducción directa del chino y notas: Blas Piñero Martínez

De la maquetación y el diseño gráfico:
© Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito legal: M-37313-2019 | ISBN: 978-84-17594-43-5

THEMA: FA; IFPC

Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

HABLADURÍAS DE MUJERES

Nota del traductor | 13

- I. Regresando a casa para el Año Nuevo | 19
- II. Recuerdos que van desde la infancia a la edad madura | 101
- III. Wangzha (sus gentes y sus hechos) | 171
- IV. Wangzha (sus costumbres y sus cosas) | 263
- V. Hoy día | 343

Primer epílogo. El mundo es tan ancho y ajeno | 367

Segundo epílogo. Un salto hacia los ríos y los lagos | 369

Notas a la edición | 373

HABLADURÍAS
DE MUJERES
LIN BAI

NOTA DEL TRADUCTOR

La novela *Habladurías de mujeres* o, en su traducción literal, *Crónicas de las charlas de mujeres* 妇女闲聊录 (*Funü xianliao lu*) de Lin Bai 林, fue publicada originalmente en 2005 y se acabó de escribir en septiembre de 2004. Lin Bai, su autora la denominó, según sus propias palabras, una «novela larga de crónicas» 记录体长篇 (*jiluti changpian*) y está inspirada en las numerosas historias y anécdotas extraídas de experiencias, en apariencia reales, de la vida de un miembro lejano de su familia de origen humilde y rural con un bajo nivel educativo: Li Muzhen 李木珍, quien visitó a Lin Bai en 2001 desde su aldea 村 (*cun*), Wangzha 王榨, situada en el área rural de la municipalidad de Leigong 雷公, subprefectura de Xiaogan 孝感 dentro de la prefectura de Anlu 安陆, y que cuenta actualmente (censo actualizado de mayo de 2019) con apenas 661 habitantes. Wangzha se encuentra además en un lugar remoto de la provincia de Hubei 湖北. Tomando como base varias de esas anécdotas transmitidas oralmente por Li Muzhen —de quien no sabemos ciertamente si es un personaje real o de ficción—, compuso su novela Lin Bai, quien será la narradora/autora de *Habladurías de mujeres*.

Esta novela es a su vez la continuación de un proyecto de escritura femenina que empezó con *Una guerra personal* 一个人的战争 (*yi ge ren de zhanzheng*) de 1994 y una novela pre-

cedente, *Todo florece* 万物花开 (*Wanwu kaihua*) de 2003, pero con un estilo diferente y más ambicioso. *Habladurías de mujeres* contiene dos postfacios 后记 (*houji*) escritos por la autora. Entre la ficción y la realidad, las «historias» transmitidas oralmente por Li Muzhen se presentan ante el lector en esta novela como una historia subjetiva y paralela en forma de «cotilleos» 闲聊 (*xianliao*), una representación transgresora en gran medida, respecto al discurso codificado oficial y sus narrativas idealizadas y distorsionadas sobre las experiencias de las mujeres de origen rural en China. El término 录 (*lu*): «Crónica» o «registro», aquello que se recuerda y se cuenta, por lo tanto, y queda «escrito», se asocia a la larga tradición del discurso histórico y su adaptación a las narrativas de ficción del *xiaoshuo* 小说, pero en una vertiente que desea recalcar lo peculiar, lo extraño, aquello que es llamativo del suceso que se ha presenciado, que vale la pena destacar, y que se va relatar sin que en el resultado no desaparezca un ápice la representación, lo más objetiva posible, de lo que ha ocurrido, que es el objetivo final de este tipo de narrativas. Algo muy parecido a lo que sucede con el «chismorreos» o el «cotilleo» implícito en el significado actual del término *xianliao* 闲聊, que originalmente tenía el sentido más neutro de «charlas» o «conversaciones». La «crónica» *lu* 录 se identifica, sobre todo, con una tradición literaria ligada al uso de la dignidad que puede aportar la palabra escrita de la memoria y la capacidad de recordar, así como a la veracidad que es capaz de transmitirse en ella en una dialéctica sutil entre la realidad y la ficción, que es de hecho el origen de la «novela» en chino y su nombre actual, el *xiaoshuo* 小说, cuya traducción literal es «pequeñas charlas o habladurías». Solo al ser escrita, la palabra adquiere crédito y ese es el objetivo de la crónica 录 (*lu*).

Habladurías de mujeres también toma en gran medida como fuente de inspiración —y no exenta de cierta ironía y sentido de la parodia— el tratado confucionista del período Han sobre educación femenina: *Biografías reunidas de mujeres* 列女传 (*Lienü zhuan*) y sus ciento veinticinco vidas de mujeres ejemplares narradas como modelo para otras. En esta obra, atribuida al letrado confucionista Liu Xiang 刘向 (77- 6 a. de C.), la biografía 传 (*zhuan*) sirve como ejemplo e ilustración para la educación de la mujer 女 (*nü*). A través de la «transmisión» 传 (*chuan*) de una vida, se describe la experiencia vital de varias mujeres célebres —Lin Bai, al contrario, se servirá en su novela, de mujeres de origen rural con vidas en apariencia vulgares y ordinarias— mediante la dialéctica que define ese tipo de narrativas entre la decisión y la acción para concluir en un aprendizaje moral de la vida. En otras palabras, llegar al conocimiento de una moral que no precede a la acción o la experiencia directa, sino que se deriva de ella. Lin Bai prolonga en *Habladurías de mujeres* el objetivo de este tipo de narrativas que consistía en transmitir 传 (*chuan*) una enseñanza familiar 家学 (*jiaxue*) que la mujer en particular había heredado 承 (*cheng*) a través de su educación y que por ello se sentía con la obligación de hacerlo, sobre todo, en períodos problemáticos o de grandes cambios sociales. O, en otras palabras, la mujer, finalmente, como garante y transmisora de un saber que representa la civilización. La estructura narrativa de este tipo de obras consiste en reunir numerosos ejemplos —la estructura del modelo narrativo de lo que se denomina «biografía colectiva» o *liezhuan* 列传—, como si el fin de la obra fuese crear con todas esas vidas un solo discurso biográfico con una moral universal implícita.

Para nuestra traducción hemos utilizado la primera edición de esta novela, que apareció en febrero de 2005 y fue publicada por *Ediciones de la Nueva Estrella* 新星出版社 (*Xin xing chubanshe*) en Beijing.

*Este libro está dedicado a mis amigos
Deng Yiguang y Li Xiuwen'*

*¿Por qué quieres caminar sobre las aguas de los mil lagos?
¿Por qué quieres recordar las historias de esas mujeres?
¿Quién te las ha contado?
El mundo es tan ancho y ajeno...*

REGRESANDO A CASA PARA EL AÑO NUEVO

Fecha: marzo de 2004

Lugar de residencia: callejón número 10 del distrito de Dongsi, Beijing

Testimonio: Li Muzhen, mujer, 39 años³

Me comentó que fuera del pueblo no le faltaba nunca el dinero, aunque estuviese prohibido explicar lo que hacía para ganarlo. Le había comprado un anillo de oro y un collar a su madre, y le dije que yo no estaba al corriente de lo que hacía.

Tomando el tren⁴

Tras pasar unos días en el pueblo, tomé el tren para regresar de nuevo a Beijing y celebrar, en el que ya era mi hogar definitivo, las tan esperadas fiestas del Año Nuevo⁵. El tren no tenía agua potable y se paraba a menudo durante mucho tiempo en otras estaciones, ya que ese trayecto no era directo. Todo el mundo llevaba, en cambio, Coca-Cola, y yo no era una excepción: la bebida embotellada, que era más barata que el agua purificada, la habíamos comprado en un puesto miserable junto a la estación de Dishui, en las montañas de la provincia de Hunan, al sur de China, y a mi hermano pequeño, que fue quien me la compró, la botellita le costó, creo recordar ahora, nada más y nada menos que cinco yuanes. Y yo como una desagradecida, y a pesar de que me moría de sed en ese tren, ni siquiera me la bebí entera. En total, en ese departamento del tren había unas siete personas entre carpinteros, pintores de brocha gorda y sastres que se ganaban la vida haciendo remiendos baratos. Viajaba también una mujer de un pueblo llamado Wangzha, en la misma provincia de Hubei, cuyo hijo había abierto un taller de confección en Beijing y se había especializado en hacer prendas rellenas de plumas que pasaban por ser el último grito de moda en China. Esa mujer y su hijo vivían en Macheng que, al igual que el *cun* (el pueblo) de Wangzha, estaba situado al este de la provincia de Hubei, y habían tomado juntos el tren. Ella llevaba puesto con orgullo uno de esos abrigos acolchados rellenos de plumas⁶, que, seguramente, provenía de la fábrica de su hijo. La chaqueta no era de buena calidad y se encontraba ya en todas partes a un precio muy asequible. Toda hija de vecino, de no muchos recursos, la llevaba puesta y daba la misma apariencia triste y monótona. Las costuras se abrían rápidamente porque

estaban cosidas de cualquier manera y por ellas salían las plumas blancas. Acompañaba a la hija de su hermana hasta la fábrica de su hijo para que trabajase ahí y así asegurarse una manera decente de ganarse la vida, aunque desconocía el sueldo que le esperaba. Algo había de cierto: esa joven no era de Wangzha.

En el tren se comía pescado seco y salado, de gusto fuerte, para engañar al hambre, y tanto esa mujer como yo lo tomamos a pesar de que nos daba más sed. En realidad, ella se comió un pescado preparado al estilo de Wuchang, cocido al vapor y procedente de las aguas dulces del lago Liangzi, en la provincia de Hubei, de donde era ella, y yo una de esas carpas cabezonas. Ella cogía el suyo con las manos y le daba grandes mordiscos, pero no acababa de tragarse el trozo cuando le entraba sed y bebía agua. Iba bien equipada y llevaba manzanas, huevos, salchichas, dulces, galletas secas y pastelitos de crema, al igual que otros pasajeros que iban en el tren. Yo solo llevaba pescado, huevos y unas manzanas. En el compartimento tres se jugaba a las cartas, al juego del Siete, al juego del Póker, y al del dominó de las 108 Piezas. Se prestaba dinero y luego se devolvía. Si sobraba tiempo se jugaba al juego de las cartas de la «lucha del terrateniente». Se apostaba poco porque no había mucho dinero, pero la gente no podía pasar sin jugar un rato.

El tren que me devolvía a mi casa en Beijing no tenía calefacción y hacía un frío que pelaba. Así que me daba por pensar: en la próxima estación, la más cercana, ya estaré por fin en Beijing... Más tarde me puse dos pares de calcetines, dos chaquetas, y todavía no me había calentado, como si estuviese pisando una superficie de hielo. Al final, la litera dura, la de la tabla de madera sin nada más encima, se convertía en un simple asiento igual de duro, a ochenta y cuatro yuanes el billete más cinco yuanes por la reserva.

Tampoco tenía aseos el tren y, llegado el momento, la gente formaba colas ante los destartados y mugrientos retretes de las estaciones donde paraba. Había mucha gente que se quedaba en la estación de Dishui en la provincia de Hunan, otros tantos en la estación de Macheng, en la provincia de Hubei, y otros en la estación de Huanggang, en la provincia de Zhenjiang. Luego el tren alcanzaba la estación de Bazhou en la provincia de Hebei, y, bajo la luz eléctrica, se instalaban todos en sus asientos.

Llevábamos varias horas de retraso y en principio debíamos llegar a Beijing a las siete y media, pero nuestro tren se retrasó. Las familias de los pasajeros esperaban en la estación pacientemente durante buen rato, como ya era costumbre, hasta que llegase nuestro tren. Llevábamos dieciocho horas sentados cuando el tren llegó finalmente a su destino.

Xiao Wang necesita dinero

Durante las fiestas del Año Nuevo, Xiao Wang —el marido de quien te habla ahora, Li Muzhen— permaneció varios días tumbado a la bartola sin dar golpe. Veintiocho tardes, ni más ni menos, hasta que decidió ponerse en marcha de nuevo. El hombre vivía del cuento y no hablaba. Incluso cuando pensaba en el dinero tampoco hablaba. Desconocía la razón. Era su manera de ser, imagino —le gustaba siempre hacerse el difícil conmigo—. Más tarde, mi hermana mayor, mi *dajie*, me dijo que algún día comprendería el comportamiento extraño de mi marido. La comunicación entre nosotros funcionaba siempre de la misma manera: él hablaba con nuestra madre y luego nuestra madre hablaba con mi hermana mayor y esta finalmente me contaba lo que le pasaba a mi marido.

El origen de su preocupación era a menudo el mismo cada día: el dinero o, mejor dicho, la falta de él. Imagino que a mi marido le daba vergüenza hablar de esas cosas conmigo, ya que era yo y no él quien se encargaba de ganar el dinero en nuestra familia.

La noche del día treinta le di a mi hijo la suma por el Año Nuevo, es decir, cien yuanes, que es lo que correspondía a cada uno, pero a mi marido le di solo cincuenta. Le dije que ya llevábamos casados varios años y nunca había ganado un céntimo ni había participado en los gastos del Año Nuevo. El dinero era un problema en nuestra familia y nos llevaba siempre por el camino de la amargura. Nunca había suficiente y parecía no importarle lo más mínimo. Por eso solo le di cincuenta yuanes. Me tenía harta, y con el resto del dinero me compré una tarjeta para el móvil.

Pues bien, la noche del día treinta nos peleamos otra vez. Mi marido tenía siempre sus más y sus menos, y esa noche agarró la silla con las manos, la levantó y me amenazó con romperme el pescuezo con ella si no le dejaba en paz. Ni perdí los nervios ni me entró pánico alguno. Nunca se atrevía a dar ese paso, quiero decir, zurrarme. Al final arrojó de malas maneras la silla a un lado y me indicó que se iba y que no iba a volver más a esta casa. Yo me dije para mis adentros: ojalá sea así, pero no te irás porque soy yo quien te da de comer. Mi marido se compró algo de ropa con el dinero que le di —al menos en eso me hizo caso— para adecentarse durante esas fechas, que para eso se lo había dado. Temía, no obstante, que se lo gastara a tontas y a locas en otra cosa. No me explico cómo, con el paso de los años, puedo seguir enamorada de un hombre así.

Encontró la ropa que buscaba, aunque una anciana del pueblo, una de sus amistades, de las muchas que eran de Wangzha, quería comprarle otra y hacer cambiar de opinión a mi marido.

Le dije a esa mujerzuela que no debía hacerlo y me hizo caso. Así que mi marido se fue a buscar sus prendas, como se suele decir en mi pueblo, a la casa del Hijo de las Ocho Puertas, es decir, en todas partes y en ninguna. Barrí el suelo y hablé un buen rato con esa anciana para explicarle lo que pasaba. Mi marido no iba a salir huyendo a ningún sitio. No, no iba a dejar su casa. ¿Adónde diablos iba a ir? No tenía un duro. ¿Dónde iba a ir sin dinero? Yo, en cambio, sí que podía salir huyendo si quisiera.

Más tarde, como era de esperar, mi marido atravesó el umbral de nuestra puerta y volvió a tumbarse sin hacer nada. Eso era lo único que ese buen hombre sabía hacer bien. Qi Tong —Tong el Séptimo—, que era como se le conocía a nuestro hijo, tras la comida del mediodía, ni siquiera le dirigió la palabra. Qi Tong se encargó de que su padre no hiciera tonterías y no le quitaba el ojo a la puerta. Cuando me peleé con Xiao Wang, Qi Tong lo escuchó todo y dijo: «Ay, debo aprender a manejar estos asuntos familiares como si se tratase de una obra de artesanía... Me faltan los conocimientos... ¡Soy un inútil!... ¡Qué rabia me da!»... También le sacaba de quicio la actitud de su padre y le ponía muy nervioso los asuntos de dinero. Su tía le tranquilizó diciéndole que esas cosas no debían importarle, y que no se entrometiese, que eran naderías que sucedían en todas las familias.

A mi hijo le convencieron esas palabras. Había ido a las montañas a cortar leña y la había almacenado en la primera planta de nuestra casa. Nunca le importaba a Xiao Wang lo que hacía Qi Tong, pero los dos no se separaban el uno del otro. Qi Tong era mi hijo, y en lo que se refiere a nuestra hija, Ba Tong, nadie sabía nunca dónde andaba. Era un año más joven que su hermano, pero tal vez la habíamos mimado demasiado con tanta carantoña. Mientras cocinaba, me puse a colgar, a ambos lados del marco

de la puerta de entrada a nuestra casa, los *duilian* —esas frases transmisoras de sabiduría milenaria sobre la buena suerte— que había comprado Qi Tong y azuzaba el fuego mientras tanto. Esos *duilian*, a pesar de ser papel, eran grandes y daba gozo verlos. Normalmente, sus rollos valen seis yuanes, pero a mí me costaron cuarenta. Los compré en una tienda de un centro comercial de los buenos, de los de tres plantas, y tiré la casa por la ventana. Los *duilian* no solo estaban compuestos de dos bandas con dos frases —una para la derecha y otra para la izquierda de la puerta—, sino que tenían una tercera banda en la parte superior del marco. Quizá por eso eran más caros que los que compras en los puestos de la calle. El año pasado, mi hermano y mi cuñada nos trajeron unas frases paralelas *duilian*, pero a mí no me convencieron ya que eran demasiado cortas y rácanas, y esas cosas dan siempre mala suerte. Para este Año Nuevo debía desquitarme y hacerlo mejor, por eso las compré más grandes y más bonitas que las del año pasado.

La silla que mi marido había hecho añicos, yo, con la paciencia de una santa, la recompuse de nuevo. En mi familia no estábamos para ir prescindiendo de esas cosas. Al final, le di el dinero. Había pagado la inscripción del colegio de mi hija y me había quedado alguna suma que fue la que le di. Lo que temía de mi marido es que le pegase a nuestra hija y sabía que darle algo de dinero extra le calmaba. Cuando el bueno de Qi Tong salía de casa, yo me quedaba tranquila. No se iba a liar de nuevo. En el año 2002, como sucedió ya en el 2001, mi esposo, en uno de sus arrebatos de locura, le dio una paliza a nuestra hija y casi la dejó coja. Tuvo ella que quedarse en la cama varios días, pero gracias a su duro carácter pudo salir adelante. Me di cuenta de que mi marido reaccionaba así cuando no tenía dinero para gastar: mi hija era el blanco de su frustración y la acusaba de gastar todo lo que entraba en casa.

Mi hermano pequeño me dijo que iba a vender sus patos y estaba seguro de que le iban a dar más de mil yuanes por ellos, pero no sabía lo que iba a hacer con tanto dinero. Ciertamente, me llevaba bien y estaba segura de que la próxima vez podía contar con él para que me prestase algo de dinero. En esos momentos no lo necesitaba, aunque siempre lo tenía en cuenta. En el pasado, mi tío le tenía aprecio a mi hermano pequeño y hasta le gustaba estar con él, pero ahora no puede ni verlo y lo rechaza.

Xiao Wang se ve con sus amigos durante el Año Nuevo

Y así recuerdo que fue la primera vez... Celebramos en mi casa el Año Nuevo y pusimos todos, sin excepción, buena cara. Acudimos temprano a la Feria del Templo. Había en realidad dos templos a visitar ya que en el terruño de Wangzha, en Hubei, habían destruido hacía un tiempo el Templo de la Tierra. El primero de ellos era el del gran maestro Lin, un sabio y compasivo santón budista, además de buena persona. Cada uno de nosotros le dio diez yuanes que es más de lo que se les da habitualmente a esos pobres y avariciosos monjes. Tanto los niños como los adultos postramos varias veces la cabeza ante la *bodhisattva* Guanyin para mostrarle respeto y agradecimiento, y el *shifu* Lin les dio una manzana a cada niño para que se la ofrecieran a nuestra venerada Guanyin⁷. Luego bebimos un poco de té, bebida que no era, como antes, licor de arroz. Este año era simplemente té y bastante aguado; té para pobres. De vuelta a casa, me encargué personalmente de preparar en mi habitación las linternas dragón y ayudé a cada uno de los miembros de mi familia en la tarea de iluminarlas.

De vuelta en el templo, como una tonta, me olvidé de lo que debía decir. No había planificado nada. La madre de mi marido creía más que nadie en el Buda y el año pasado acudió corriendo al templo, pero este año, la mala pécora no quiso ni presentarse para las celebraciones del Año Nuevo. ¿Acaso no estaba yo en casa esperándola? Las cuñadas sí que fueron a recibirla para las fiestas, pero ella no fue. Solo se presentó cuando se acabó la fanfarria, seguramente para no ver a nadie, ni tener que dar excusas. A comienzos del año pasado sí que vino y nos fue de gran ayuda, pero este año no lo hizo.

Este año también expliqué que no iba a ir. El viejo Xiao Wang, el «pequeño rey», que era lo que decía su nombre, no estaba para fiestas y le pregunté: «¿No vas a ir a ver a tu *amiguita* Dong Mei?».

Le comenté a mi marido que el año pasado había ido por mi madre, que estaba ahí. Y este año, «¿qué vamos a hacer? ¿Deberías ir a ver a Dong Mei!... ¡Ve, anda!».

Mi marido soltó: «Vale, vale, pues si insistes, no voy...Id vosotras»... «Pues vayamos juntos y así evitarás ir solo», le dije.

Ya había visto a Dong Mei, y no fue de gran ayuda para nadie. Nos presentamos todos en su casa mientras Xiao Wang permanecía en silencio, taciturno incluso, ante Dong Mei. La mujer llevaba en ese momento unos petardos en la mano y Xiao Wang comprendió que Dong Mei estaba afanada poniendo cada cosa en su sitio y que no estaba para hacerle caso.

Pregunté dónde andaba el *dage*, el gran hermano, pero nadie me contestó. Se ve que pensaban que yo me aburría y por eso iba a verlos... Esa era la razón por la cual tal vez hoy podía ir al templo. Sin embargo, no quería hacerlo a la casa de Dong Mei. Mi marido me dijo que tampoco le apetecía. Cuando regre-

samos, Dong Mei se encontraba de pie a la entrada de su casa ya que quería hablar conmigo y puede que tras hacerlo quizás se sentiría mejor; al menos, me había visto, y pronuncié cada una de mis frases con una sonrisa en los labios.

Algunas compras para este Año Nuevo

El día veintinueve del año lunar⁸ me fui a Maliandian para hacer mis compras de Año Nuevo. Me hice con cinco *jin* (unos seiscientos gramos) de galletas secas y cada *jin* costaba cuatro yuanes. Los precios se habían puesto por las nubes y comprar en las afueras salía más barato. También me hice con pastel de «capas de nube» (un *jin*) que estaba a cuatro yuanes el *jin* y unas uvas pasas (un *jin*) a seis yuanes. Luego, por supuesto, adquirí semillas de melón blanco que también estaban a seis yuanes el *jin* y por eso compré dos, además de una bolsa de habas verdes de las grandes, unas galletas planas del fruto del majuelo, y más habas verdes, pero de las baratas a dos yuanes el *jin*. Las galletas de majuelo para el postre costaban siete yuanes, por eso solo compré un *jin*. También compré un saco de manzanas que me costó trece yuanes y un par de bolsas de leche en polvo a quince *jin* la bolsa, aunque no recuerdo de qué marca eran, pero eso sí, estaban bien empaquetadas, lo que me dio confianza.

Mi marido Xiao Wang había comprado la carne en nuestro barrio, así como la salsa de soja, el glutamato en polvo, cuatro botellas de soda de la marca Jianlibao a cinco yuanes la botella, y seis cajas de dulces de las «barbas del dragón» de la casa Xia: ni que decir tiene que nos lo comimos todo. Las semillas de melón pasaron por la sartén hasta ennegrecerse en gran parte y quienes

las probaron elogiaron su calidad y su sabor, sobre todo el gusto de las que habían quedado más tostadas. Las habas verdes las había mezclado con salchichas de cerdo ahumado, setas y unos fideos finos que tenía en casa, todo cocinado en una cazuela que calenté a fuego vivo. Había adquirido también unos muslos y patas de pollo, setas blancas y dátiles rojos. No me privaba de nada. Si me apetecía comprar algo, lo hacía. An Nan me ayudó a hacer las compras para que no se me olvidase nada. An Nan había nacido el mismo año que yo, en 1965⁹, y tenía por lo tanto treinta y nueve años. Me hacía reír: yo compraba en el Oeste y ella en el Este. No temía regresar con unas raíces de soja, aunque estuviesen caras. La verdad es que todo estaba carísimo en Beijing, pero, por lo general, no me quedaba en casa y salía a hacer la compra para mi hijo, a pesar de que me decía que no me preocupase por él. Si tú no comes, cómo lo voy a hacer yo, explicaba.

Petardos, frases *duilian* y adornos para el vestíbulo de nuestra casa. Ah, y muchos fuegos artificiales. En total, más de cuatrocientos yuanes me había gastado. Una fortuna. Más de lo que cualquier otra persona de nuestra condición hubiese derrochado para las fiestas del Año Nuevo. Otros no se hubieran agenciado las gruesas habas, ni las pepitas de melón, ni siquiera los dulces. De hecho, compré siete *jin* de dulces. En Maliandian, como en Wangzha, los dulces valían lo suyo. Los había blandos, pero la mayoría —los buenos— eran secos y duros. A los niños les gustan los dulces blandos y se los llevan a puñados en cuanto pueden. Además, eran más baratos que los duros, pero los auténticos son los duros. Son los únicos que puedes ofrecer a los huéspedes si les tienes un mínimo de respeto.

El año pasado

Vinieron todos los miembros de la familia y el primer día, por una de esas coincidencias de la vida, fue el cumpleaños del hijo de uno de los que no era de nuestro pueblo, Niu Pi, el de la «piel de buey». Si quieren saberlo, el niño cumplía diez años ese día. La familia que se había presentado en nuestra casa pertenecía en su mayoría al bando de mi marido Xiao Wang y su cuñado no paraba de zamparse mis dulces, sobre todo los de las «barbas del dragón». A mí ya me estaba poniendo nerviosa. Me parecía chocante que comiera el dulce con la carne. ¿De dónde había sacado esa costumbre? El cuñado estaba en los huesos y por eso tenía, tal vez, tanta hambre. Al pobre hombre se le marcaban incluso los de las costillas y daba pena verlo. Cogía un dulce y seguidamente un trozo de carne. Todo ello a una velocidad que me dejaba pasmada. *Tracatrá*, estallaban mientras tanto los petardos. Xiao Wang se encargaba de hacerlos petar y la casa entera parecía una hoguera. No hacía, por supuesto, nada de frío con tanto petardo ardiendo en la casa. Xia Wang sacó una mesita y dispuso encima varios platicillos con algo para comer, aunque eso sí, no había sopa caliente a pesar de que estábamos en invierno y en Beijing hacía un frío que pelaba. Algunos familiares se paraban un momento delante de la mesita y luego se iban como era de rigor en esas circunstancias. Mi marido les servía un tazón de té y brindaban con él. Luego, como decía, se iban al mismo tiempo que dejaban el tazón vacío a un lado. Algunos ni siquiera bebían el té y tiraban los tazones llenos, pero todos parecían tener una extraña complicidad con mi marido cuyo significado a mí se me escapaba.

El segundo día, nos fuimos a casa de mi madre. Nuestros hijos Qi Tong —Tong el Séptimo— y Ba Tong —Tong el Octavo,

nuestra hija— salieron a la calle acompañados de su tía —la hermana pequeña de Xiao Wang— para dirigirse a un distrito del sur de Beijing y celebrar el Año Nuevo con mi madre. Le pidieron cuatro yuanes por nuestros dos hijos ya que eran días festivos, pero la tía regateó, ya que nuestro hijo Qi Tong y nuestra hija Ba Tong eran todavía unos niños, y el tipo del autobús lo dejó por dos yuanes para los dos. Por mi parte, me subí en la motocicleta de Xiao Wang, y así fui a ver a mi madre.

Me llevé conmigo un trozo de carne para cocinarlo y en el pueblo del distrito compré a un anciano un saco con copos de avena que valía quince yuanes. Más tarde quise cambiarlo por ese jarabe tonificante de la marca Nao Bai Jin que estaba tan de moda entre la gente mayor y que servía, según dicen, para mantenerse en forma con todas las facultades a tope, como cuando se es joven, pero finalmente regresé a casa sin haber hecho ese dispendio. Los años no pasan en balde y una ya no está para muchos trotes, pero tampoco soy tan vieja que digamos.

Los niños no habían llegado todavía cuando lo hicimos nosotros. Veníamos del norte de Beijing y mi madre vivía en el sur; había que atravesar además el distrito entero hasta llegar a su casa. El billete del autobús que hacía el recorrido por el anillo periférico costaba normalmente un yuan. Mi tío se puso nervioso ya que temía que los niños, que habían montado solos en el autobús, se hubiesen perdido «con las líneas de autobuses de Beijing nunca se sabe» y nos dijo: «¿No había otra solución que dejarlos ahí solos?». Pensar así le puso de mal humor. Xiao Wang volvió a subirse en la motocicleta y se fue a buscarlos, pero no los encontró, así que me dije: «No se han perdido, seguro, no se han perdido... Esos dos ya no son unos críos y saben por dónde van...». Mi tío no volvió a decir nada más y suspiró.

También dije que quería echar un vistazo fuera para saber lo que pasaba. Firme, salí de casa y las dos criaturas llegaron justo en ese momento. «El autobús no llegaba —nos dijeron—, no llegaba nunca»...

Bebimos mucho aguardiente al mediodía para calentarnos y comimos estofado de cordero cocido en una cacerola negra de grueso hierro al estilo mongol, muslos de pollo, albóndigas y bolas de pescado. Nos pasamos el día charlotando de una cosa y otra y el hermano Xi confesó que le gustaban particularmente los *mantou* —bollos de plan blanco rellenos de carne y verdura— de Beijing y que era capaz de comerse cuatro de los grandes uno tras de otro. El hermano Xi trabajaba temporalmente en Beijing y vino el año pasado, así que llevaba unos pocos meses trabajando en la capital. Él también había tomado el tren desde su pueblo y había pasado mucho frío mientras viajaba hasta Beijing. Nos confesó que casi se muere helado. Se había subido en la estación de Macheng y, llegando a la estación de Dishui, con el trajín de gente que subía y bajaba del tren, le robaron y solo le quedaron encima cuatro yuanes. Pidió a otros pasajeros si podían prestarle dinero, pero solo unos pocos le dieron. Ni siquiera pudo reunir cinco yuanes. Se bajó del tren y se fue al mercado donde vio por casualidad a un antiguo compañero de clase y gracias a él pudo tomar de nuevo el tren hasta Beijing.

El hermano Xi solo pudo llegar a su destino de esa manera. ¿Te imaginas lo que tuvo que pasar el pobre hombre? Le costó contarnos esa historia, pero en esta familia nadie se anda con tonterías cuando se trata de contar los problemas. La cuestión era si le creíamos o no. Igual se había gastado el dinero en el juego o con mujeres de mala vida, como hacen la mayoría de esos trabajadores temporales.

El libro que tiene en sus manos se acabó de imprimir en las últimas semanas del Año del Cerdo, según el horóscopo chino. Los cerdos acompañan la vida de Li Muzhen como símbolo de prosperidad y riqueza, y son paisaje habitual en los remotos enclaves rurales del interior del país donde transcurre esta novela. Son compañía y sustento, pero siempre alegoría vivaz de la incierta fortuna, la que mueve las vidas de las mujeres campesinas en todo el mundo.

COLECCIÓN
VIAJES LITERARIOS

*Rutas literarias por los escenarios reales
o imaginados de los más atractivos
escritores y viajeros.*

VL#2

Paseos por Londres

PRÓLOGO DE LAURA FREIXAS
TRADUCCIÓN DE LLUÏSA MORENO

VIRGINIA WOOLF

VL#3

Historias sicilianas

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
DE PALOMA ALONSO

GIOVANNI VERGA

VL#4

*Diarios de una
nómada apasionada*

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
DE ADOLFO GARCÍA ORTEGA

ISABELLE EBERHARDT

VL#5

Vida privada

PRÓLOGO DE JESÚS FERRERO
TRADUCCIÓN DE BLAS PIÑERO

CHEN RAN

VL#6

Habladurías de mujeres

TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE BLAS PIÑERO

LIN BAI

HABLADURÍAS DE MUJERES

LIN BAI

Como escritora luchó contra la abrumadora influencia del discurso dominante masculino para tratar de liberar los tabúes de la experiencia personal de las mujeres suprimidos de la memoria colectiva.

Escrita desde el oído, y con un estilo personalísimo, este recuento de habladurías, chismes y conversaciones de mujeres nos lleva al corazón de la China rural, la que ni siquiera es audible para los urbanitas de las grandes ciudades. Con desparpajo y sin pelos en la lengua, su protagonista, Li Muzhen, nos muestra las costumbres de la vida en el campo, sus rituales, creencias y relaciones familiares: pero, sobre todo, nos habla de la vida de sus mujeres. Así nos adentramos en su complejo entorno familiar, la vida como emigrantes en las grandes ciudades, la relación con los hijos, el maltrato, el amor y el sexo, la prostitución, el incesto, la locura, sin olvidar el drama de los asesinatos masivos de niñas para cumplir con la imposición conocida como «la política de hijo único», promovida por sus autoridades en 1979 y vigente hasta 2015.

Un relato de indudable valor antropológico tejido como un mosaico de historias breves, en las que prevalece la mirada de estas campesinas sobre un mundo silenciado y oculto. Se trata de una obra maestra, y de gran éxito, que otorga un nuevo significado a las letras chinas del presente, a la vez que conforma la corriente «Nueva escritura femenina» en China, que la misma Lin Bai y Chen Ran —ver su *Vida privada* en esta misma editorial— iniciaron en los años noventa del pasado siglo.

ISBN: 978-84-17594-43-5

THEMA: FA; 1FPC



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones